

Cuando los creyentes somos estorbo

Dr. Justo L. González



AETH, Asamblea
1994

Cuando los creyentes somos estorbo

Texto para hoy: Lucas 5:17-26 (RVR1960)

Aconteció un día, que él estaba enseñando, y estaban sentados los fariseos y doctores de la ley, los cuales habían venido de todas las aldeas de Galilea, de Judea y Jerusalén; y el poder del Señor estaba con él para sanar. Y sucedió que unos hombres que traían en un lecho a un hombre que estaba paralítico, procuraban llevarle adentro y ponerle delante de él. Pero no hallando cómo hacerlo a causa de la multitud, subieron encima de la casa, y por el tejado le bajaron con el lecho, poniéndole en medio, delante de Jesús. Al ver él la fe de ellos, le dijo: Hombre, tus pecados te son perdonados. Entonces los escribas y los fariseos comenzaron a cavilar, diciendo: ¿Quién es este que habla blasfemias? ¿Quién puede perdonar pecados sino solo Dios? Jesús entonces, conociendo los pensamientos de ellos, respondiendo les dijo: ¿Qué caviláis en vuestros corazones? ¿Qué es más fácil, decir: Tus pecados te son perdonados, o decir: Levántate y anda? Pues para que sepáis que el Hijo del Hombre tiene potestad en la tierra para perdonar pecados (dijo al paralítico): A ti te digo: Levántate, toma tu lecho, y vete a tu casa. Al instante, levantándose en presencia de ellos, y tomando el lecho en que estaba acostado, se fue a su casa, glorificando a Dios. Y todos, sobrecogidos de asombro, glorificaban a Dios; y llenos de temor, decían: Hoy hemos visto maravillas.

Posiblemente todos los que estamos aquí presentes hemos predicado al menos una vez sobre este texto. Es un texto evangelístico, pues nos muestra el poder de Jesús para perdonar pecados y para sanar. Es un texto inspirador, pues cuenta de unas gentes que no se dejaron vencer por los obstáculos para llegar a Jesús. Es un texto que nos gusta, pues en él Jesús triunfa sobre los que le critican, quienes al final están “sobrecogidos de asombro”.

Pero yo quisiera sugerir esta tarde que se trata también de un texto problemático. El problema es bien sencillo: por una parte, nos dice el texto que “el poder del Señor estaba con él para sanar.” Pero, por otra parte, también nos dice el texto que ese poder no podía hacerse efectivo para unas gentes que estaban afuera, deseando llevar a un paralítico hasta Jesús. Jesús tenía el

poder para sanar. Pero en cierto sentido ese poder se encontraba prisionero de la multitud que le rodeaba. Y ese es el problema.

El versículo 19 dice que quienes traían al paralítico no podían llegar a Jesús “a causa de la multitud”. Lo que yo siempre me había imaginado era que esta multitud consistía en gentes del pueblo que habían venido a escuchar a Jesús, o a pedirle algún milagro. Todos trataban de llegar a él, de acercarse más. Y en medio de tanta gente, los que traían al paralítico no podían llegar.

Pero ese cuadro no es exactamente el que pinta el texto. En el versículo 17, el texto nos dice quiénes eran los que apartaban a Jesús de estos otros que venían a buscar su ministerio. Jesús está enseñando en una casa, y alrededor de él están “sentados los fariseos y doctores de la ley, los cuales habían venido de todas las aldeas de Galilea, y de Judea y Jerusalén”. Quizá había más afuera otra multitud de gente del pueblo común. Pero lo que el texto nos dice es que Jesús está enseñando en una casa, y que alrededor de él hay sentados un gran número de fariseos y doctores de la ley, provenientes de todas las aldeas de Galilea, y de Judea y de Jerusalén. Dado el tamaño de las casas en esa época, ya con esos fariseos y doctores de la ley bastaría para crear una barrera infranqueable para cualquiera que quisiera acercarse a Jesús.

Tampoco nos dice el texto que estos fariseos y doctores de la ley fuesen gente mala, hipócritas que venían para buscar el modo de atrapar a Jesús. Al contrario, sabemos que los fariseos eran la gente más religiosa de su tiempo. Los fariseos eran los que más se preocupaban por descubrir

la voluntad de Dios en todas las circunstancias de la vida. Y los doctores de la ley eran quienes se dedicaban a estudiar la Palabra de Dios, para conocer cada iota y cada tilde, para asegurarse que no se tergiversara, para garantizar que el pueblo tuviera y siguiera la ley dada por Dios mismo. Los fariseos y los doctores de la ley eran los líderes religiosos y los teólogos de su tiempo. Eran los profesionales de la religión. Eran las gentes a quienes el pueblo miraba cuando deseaba dirección religiosa. Eran el “establishment” religioso y teológico de su día.

El problema está en que, mientras estas gentes se sientan alrededor de Jesús para escuchar sus enseñanzas, y posiblemente también para juzgarlas, afuera de la casa hay otras gentes necesitadas, gentes que no pueden llegar hasta Jesús precisamente porque los escribas y los fariseos le rodean.

Y ese grupo que está afuera también es fascinante, pues en él se encuentran los extremos de debilidad y de osadía, de incapacidad física y de imaginación liberadora. Al centro del grupo está un paralítico en un lecho. Una persona atada a sus circunstancias mucho más que el común de las gentes. Un hombre que no puede ir sino donde le lleven. Un hombre para quien su propio cuerpo, más que una ayuda, es una carga.

Pero ese paralítico y sus acompañantes tienen una imaginación y una osadía sorprendentes. Los caminos normales están cerrados. Para llegar hasta Jesús habría que abrirse paso entre la multitud. Y en esa multitud hay gente importante—fariseos y doctores de la ley que no están

acostumbrados a hacerse a un lado para que pasen los necesitados; gente que está acostumbrada a estar en el centro, o al menos cerca del centro. Por la puerta no hay entrada. Quizá logran asomarse a la ventana, y desde lejos ven a Jesús. Pero entre ellos y el Maestro hay todo un círculo de sillas y de bancos, todos llenos de escribas y de fariseos. No hay paso.

Pero sí hay paso, si se deja correr la imaginación. Quizá el paralítico mismo, por el hecho de haber pasado tanto tiempo atado a su lecho, ha aprendido a darle vuelos a la imaginación. El hecho es que, si por la puerta no hay entrada, y si por las ventanas no hay más que un atisbo, la imaginación encuentra otro camino: por el techo.

Y es así que estos excluidos, gente marginada que ni siquiera puede asomarse al círculo que rodea a Jesús, encuentran entrada. Mejor dicho, hacen una entrada donde no la había. Como nos lo cuenta Lucas, “subieron encima de la casa, y por el tejado le bajaron con el lecho, poniéndole en medio, delante de Jesús”. En medio. Más cerca del centro que los escribas y los fariseos. Dentro de ese círculo al parecer cerrado de sillas y de bancas. En medio, junto a Jesús.

Al principio del pasaje nos dijo Lucas que “el poder del Señor estaba con Jesús para sanar”. Ahora, por el poder de la imaginación y de la acción osada, ha quedado vencido el obstáculo que impedía que ese poder sanador se ejerciera. Y por tanto Jesús,

Al ver él la fe de ellos, le dijo: Hombre, tus pecados te son perdonados. Entonces los escribas y los fariseos comenzaron a cavilar, diciendo: ¿Quién es este que habla blasfemias? ¿Quién puede perdonar pecados sino solo Dios?

Jesús entonces, conociendo los pensamientos de ellos, respondiendo les dijo: ¿Qué caviláis en vuestros corazones? ¿Qué es más fácil, decir: Tus pecados te son perdonados, o decir: Levántate y anda? Pues para que sepáis que el Hijo del Hombre tiene potestad en la tierra para perdonar pecados (dijo al paralítico): A ti te digo: Levántate, toma tu lecho, y vete a tu casa. Al instante, levantándose en presencia de ellos, y tomando el lecho en que estaba acostado, se fue a su casa, glorificando a Dios. Y todos, sobrecogidos de asombro, glorificaban a Dios; y llenos de temor, decían: Hoy hemos visto maravillas.

Lucas no nos dice exactamente cuándo fue que esto tuvo lugar. Dice sencillamente: “Aconteció un día”. Y lo que aconteció aquel día sigue aconteciendo en nuestros días. Hoy, como entonces, Jesús tiene poder para sanar y para salvar, para perdonar pecados y para liberar a los paralíticos de sus lechos. Pero hoy, como entonces, se han construido círculos y más círculos alrededor del Maestro. Hoy, como entonces, hay paralíticos que no pueden entrar al círculo, porque el acceso al centro del círculo se encuentra bloqueado por fariseos y doctores de la ley, por líderes religiosos y por teólogos sabios y entendidos, por estructuras eclesiásticas, académicas y sociales. Los que se sientan en esos círculos de poder no son gente mala, como tampoco eran malos aquellos fariseos y doctores de la ley. Son gente que quiere acercarse a Jesús, como se acercaron aquellos escribas y fariseos. Son gente que quiere escucharle; son hasta gente que permite que otros se unan al círculo y se sienten con ellos, siempre que permanezcan callados y no perturben el ambiente. Pero que no se dan cuenta de que, sentados en círculo como si no se tratara más que de escuchar algo interesante, están bloqueando el acceso de los paralíticos que tienen verdadera necesidad, para quienes no es cuestión de curiosidad o de discusión intelectual, sino de vida y muerte.

Paralíticos hay de sobra. Paralítico es en muchos sentidos ese pueblo nuestro, atado a su lecho de injusticia y marginalización. Paralítico es un pueblo cuando el 40% de sus niños viven bajo el nivel de pobreza. Paralítico es un pueblo cuando más de la mitad de sus jóvenes no terminan la escuela superior. Paralítico es un pueblo cuando son más los que entran en las cárceles que los que salen de las aulas universitarias. Paralítico es un pueblo cuando se le discrimina por razón de su color, de su cultura, de su idioma.

Y eso es nuestro pueblo: un pueblo atado a un lecho de injusticia y marginalización, a un lecho donde tiene que depender de la buena voluntad de los demás para avanzar, a un lecho que, además de carga y de prisión, es lecho de vergüenza y de humillación.

Pero, gracias a Dios, eso no es todo. Si somos un pueblo paralítico, somos paralíticos atrevidos. Somos paralíticos con imaginación. Si no se nos permite entrar por la puerta, y si por las ventanas no podemos más que asomarnos, nos subiremos al tejado y entraremos por el techo. En cierto modo, ese es el propósito de esta Asociación: abrir caminos nuevos donde no los hubo, y hasta por el techo, si fuera necesario.

Y somos un pueblo en solidaridad. Quizá aquellos que iban con el paralítico pudieron abrirse paso hacia Jesús, siempre que dejaran detrás a su amigo en su lecho de dolor. Quizá uno a uno hubieran podido infiltrarse en el círculo cerrado de los escribas y los fariseos, y acercarse al centro. Pero eso no era lo que buscaban. Su compromiso era tal que, o bien entraban todos con

el paralítico y su lecho, o no entraba ninguno.

Y aquí viene lo primero y lo más importante que tenemos que decidir en esta hora. Hay todo un “establishment” religioso y teológico que nos permite la entrada siempre que vayamos solos, siempre que dejemos fuera a nuestro pueblo sufrido, y siempre que nos comportemos según las reglas establecidas, y nos sentemos tranquilos en las bancas, como se sientan los demás. Pero no. Si no se nos permite a todos entrar por la puerta, nos iremos todos juntos al tejado.

Esa es la premisa fundamental sobre la que se fundó la Asociación para la Educación Teológica Hispana, y sobre la cual sigue funcionando hasta el día de hoy. En solidaridad, haremos todo lo posible porque el mayor número posible de nuestros miembros tengan todas las credenciales académicas para entrar en los círculos más exclusivos de la educación teológica y del liderazgo eclesiástico. Pero también haremos un compromiso serio, un pacto mutuo, de no entrar jamás a tales círculos sin llevar con nosotros al paralítico y su lecho; de recordarles a quienes se sientan en los círculos de poder que hay otros allá afuera, y que no es posible servir a Jesús sin abrirles paso a esos otros a quienes los círculos excluyen.

En términos prácticos, esto quiere decir que la Asociación ha de ser representativa de todos los modelos de educación teológica que existen entre nuestro pueblo, sin dejarnos llevar por los elitismos y los exclusivismos que crean círculos de exclusión. Nuestra Asociación ha de ser diversa por definición y por política claramente establecida. En ella han de tener igual

representación e igual autoridad personas de diversas denominaciones y tradiciones teológicas, personas de distintos trasfondos étnicos, culturales y regionales, personas con distintos tipos de preparación académica, hombres y mujeres. Porque lo contrario sería practicar entre nosotros las mismas políticas de exclusión de que hemos sido objeto por parte de otros.

En el texto bíblico, sucede algo todavía más sorprendente que la curación del paralítico: la conversión de los escribas y fariseos. Estas gentes han venido desde lejos, desde todas las aldeas de Galilea, de Judea y de Jerusalén, para escuchar a Jesús. Pero lo que hacen es sencillamente sentarse a escuchar, y a criticar. Es solamente cuando ven la curación del paralítico que se muestran sobrecogidos de asombro, y confiesan: “Hoy hemos visto maravillas”.

Y esto nos lleva a la segunda premisa de nuestra Asociación y nuestro programa: Buscamos la salvación y la sanidad de nuestro pueblo, no solamente por el bien del pueblo latino, sino también por el bien de la iglesia toda, de esa iglesia tan acostumbrada a sentarse en sus bancas como si se tratara sencillamente de una discusión teológica, de esa iglesia que tiene que aprender a decir, como se dice tan frecuentemente en nuestras iglesias latinas, “hoy hemos visto maravillas”.

Estamos aquí para fomentar y fortalecer la educación teológica hispana. Pero no lo hacemos por un etnocentrismo estrecho, sino que lo hacemos por el bien de la iglesia toda, para que la iglesia toda, viendo lo que sucede entre nuestro pueblo, pueda decir, “hoy hemos visto

maravillas”.

Por último, al estudiar este texto en Lucas hay que notar que la salvación del paralítico se pone de manifiesto en que puede levantarse, tomar su lecho y andar. La salvación se manifiesta en la nueva libertad, en el nuevo poder.

Y esto también tiene consecuencias prácticas para la Asociación. Francamente, si hemos podido llegar hasta aquí, si hemos logrado algún espacio en ciertos círculos, y hasta abrir algún agujero en el techo, ello se ha debido en buena medida a la colaboración y el apoyo de dos fundaciones. Esas fundaciones, como los amigos del paralítico, han cargado nuestro lecho. Por esa solidaridad estamos agradecidos. Pero tenemos que aprender a andar sobre nuestros propios pies, y hasta, de ser necesario, a cargar nuestro propio lecho.

Si todo sale según esperamos, tendremos apoyo, al menos por parte de una de esas fundaciones, para los próximos tres años. Por ello estamos agradecidos. Pero también debemos estar agradecidos por el hecho de que el donativo de esta fundación será el último que se nos dé para nuestro sostén cotidiano. Durante estos tres años, tendremos que aprender a sostenernos por nosotros mismos. Y eso es bueno.

¿Cómo hemos de hacerlo? Combinando una serie de factores y de recursos. Un medio será tener y ofrecer servicios que podamos vender a otras agencias, a seminarios e instituciones. Esto se está explorando, y ofrece perspectivas prometedoras. Otro medio será publicar y vender

recursos escritos, obteniendo de ello una ganancia que nos ayudará a sostener la Asociación. En los materiales que les han sido entregados al inscribirse para esta Asamblea, verán los anuncios de algunos de esos recursos. (Anunciar, promover, mencionar que hay que probar que nuestro pueblo lee.)

Por último, nosotros mismos tenemos que contribuir al sostén de la Asociación. Si de veras queremos que esta sea una organización nuestra, tenemos que hacer el sacrificio necesario para ello. Ustedes conocen los servicios que la Asociación ofrece. Ahora, me atrevo a pedirles dos cosas en respuesta a esos servicios: La primera, que le den al Director Ejecutivo y al Consejo Ejecutivo todas las ideas que tengan sobre cómo la Asociación puede mejorar y ampliar sus servicios. Eso en sí mismo es una contribución. En cierto modo, es la contribución más importante, pues sin ella la directiva de la Asociación perderá contacto con las necesidades reales de nuestro pueblo.

Y, en segundo lugar, les pido su apoyo económico. Los ujieres van a distribuir unas tarjetas de promesa. El propósito al distribuirles esas hojas no es pedirles una ofrenda ni una limosna. Es retarles a hacer un verdadero sacrificio en pro de nuestro pueblo, y de la solidaridad y el compromiso que esta Asociación representa. Yo no sé cuánto cada uno de ustedes puede dar o prometer. Pero confío en que, cuando el Tesorero sume las promesas recibidas, y nos lo informe, podamos verdaderamente decir, como aquellas gentes de antaño, “hoy hemos visto maravillas”.